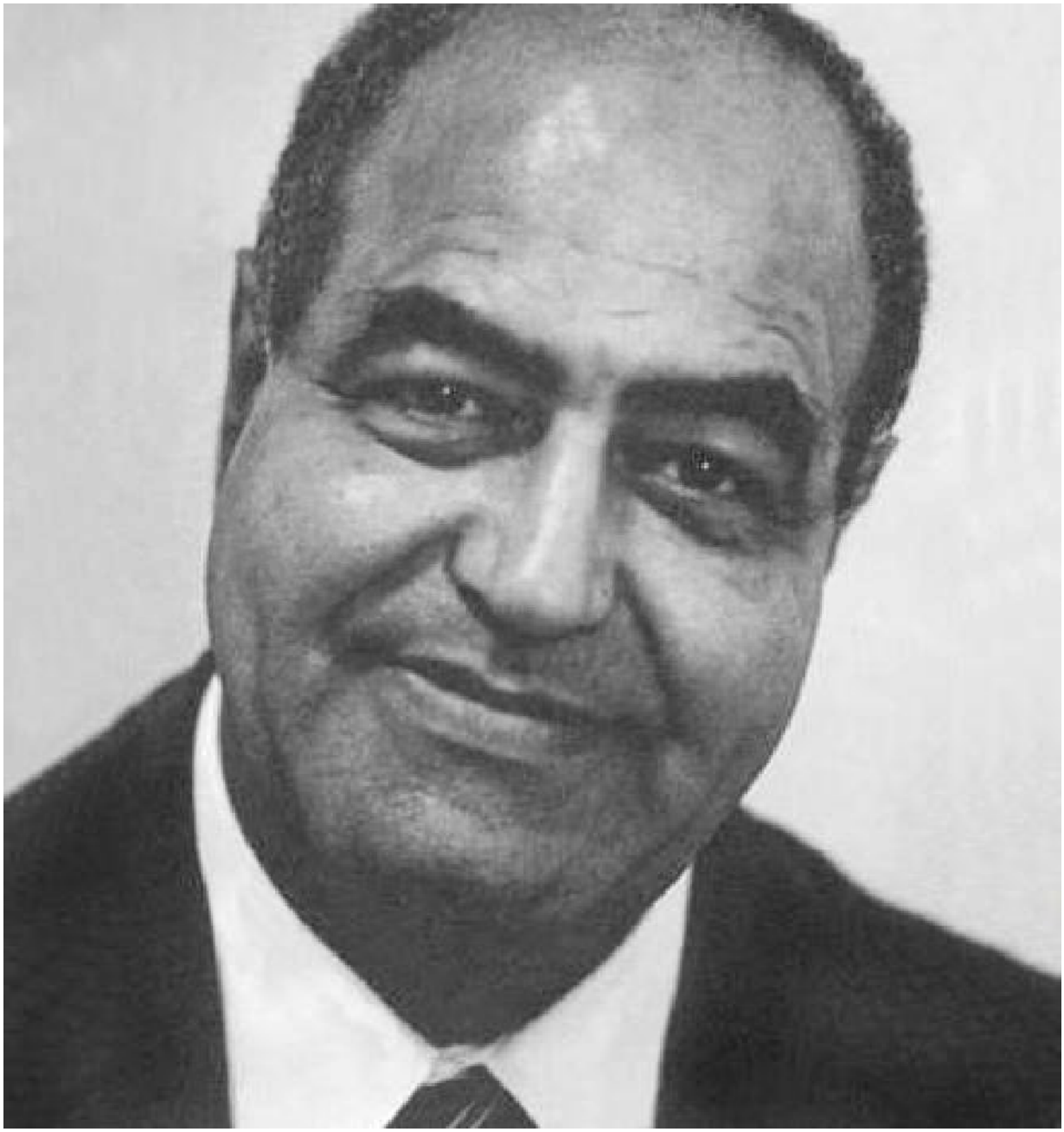
Arquitrave



Gastón Baquero • Luís Antonio de Villena • Jesús Díaz
Cláudio Willer • Rowena Hill • Rodrigo Escobar Holguín
Margarito Cuellar • John Better • Jesús Munárriz

El esplendor de la poesía

Luis Antonio de Villena

Hombre alto, mulato, elegante, incluso en la época en que no se preocupaba de la elegancia, Gastón Baquero, murió en Madrid, víctima de un infarto cerebral. Nacido en Cuba, estudió Agronomía en La Habana, pero pasó muy pronto a dedicarse al periodismo y a la poesía.

Según el propio Gastón me contó fue la lectura casual, en una revista (en 1939) de un poema de Lezama Lima -una de las figuras que Baquero veneraba- lo que le llevó, algo súbitamente, a querer conocer a poetas y a publicar sus poemas. Gastón Baquero (con Eliseo Diego, Fina García Marruz, Virgilio Piñera y el propio Lezama) está vinculado a la mítica revista Orígenes, que representó -en los años 40- la mayor altura, pluralidad y avance en la cultura cubana. Su primer libro -*Poemas*- se editó en 1942, y el segundo, *Saúl sobre la espada*, unos meses después, el mismo año. Entre esos dos tomitos y poemas sueltos en revistas, Baquero funda su prestigio de poeta en Cuba, de verso largo e imágenes acuáticas y grávidas como en el poema *Testamento del pez*. El Gastón Baquero mágico ya está ahí, pero aún no el poeta que agregará a la magia sus cultísimas invenciones.

Del periodo que va entre 1947 y 1959 a Gastón Baquero no le gustaba hablar. Su figura es ahí, en La Habana, mundana, liberal y poderosa. Secretario de redacción del conservador Diario de la Marina, Baquero se convierte en un famoso conferenciante y periodista,

vinculado al poder, rico -poseía una casa espléndida, repleta de cuadros y de libros- aunque genuinamente liberal. El Gastón que invitó a Cuba a Juan Ramón Jiménez y a Luis Cernuda era un personaje sibarita, católico y homosexual. Cuando triunfa la revolución de Castro, Baquero se sabe en el punto de mira del nuevo poder y por miedo a ser detenido sale de La Habana (protegido por cuatro embajadores) en Marzo de 1959. Desgraciadamente no volverá. En ese momento empieza una nueva etapa en la vida del gran poeta que fue Gastón: el exilio, que con su extraña intimidad, le devolvió al poema.

Quien fuera rico y célebre se tornó casi anónimo -el éxito poético le llegó muy tarde aquí- mientras su refinamiento supo volverle estoico y sobrio. La casa de Gastón en Madrid era un amasijo de libros, discos, polvo y un sillón desvencijado. En 1960 -trabajando pudorosamente en Radio Exterior de España, donde se jubiló- Baquero publica *Poemas escritos en España*, y en 1961 un tomito de ensayos, *Escritores hispanoamericanos de hoy*, donde ya habla -con elogio- del aún desconocido García Márquez. Pero será en 1966 cuando Gastón Baquero edite su mejor y más original libro de poemas: *Memorial de un testigo*, una poesía donde el verbo canta, se encrespa, imagina leyendas y habla a la hondura del corazón callado. No sé si la falta de eco, o la voluntad interior de Gastón lo mantuvo largos años en silencio -fértil lector, gran auditor de música- gustoso de la miel del olvido, español y cubano a la vez. Francisco Brines y José Olivio Jiménez me hablaron de él, y gracias a ellos lo leí y conocí, intentando -cuando se editó en 1985, *Magias e invenciones,* su poesía reunida- que se le reconociera como era debido. Aún publicó Gastón *Poemas invisibles* (1991) y dos tomos de ensayos, *Indios, blancos y negros en el caldero de América* -el mismo año- y *La fuente inagotable*, en 1995.

Gastón Baquero (culto, sabio, humilde), como Cernuda, sólo halló eco al final, y es lástima, pues sus futuros lectores asombrados sentirán la ausencia del hombre mágico y del gran conversador perdido.

Soledad de Gastón Baquero

Jesús Díaz

Quizás la soledad sea la circunstancia esencial del poeta; no me parece gratuito que la tradición haya querido hacer de Homero un ciego. Hay, sin embargo, casos en los que la procesión solitaria transcurre exclusivamente dentro del tuétano del creador, como asfixiada por la fama que atruena desde fuera y que puede ser letal para la poesía. Pienso en Rubén Darío, en lo mucho que de perecedero indujeron en su obra los laureles, encargos y aplausos recibidos en la marcha triunfal que fue su vida, por contraste con la fuente nostálgica y solitaria que le permitió evocar para siempre a un simple buey visto en la niñez.

Hay, también, casos en los que la soledad interior resulta fecundada por un frío llegado de afuera; un frío biográfico que en casos extremos se pega al pellejo del poeta como una sombra o un perro y llega a adquirir los rostros terribles de la marginación, la cárcel, la emigración y el hambre. Tal es el caso de César Vallejo, a mi juicio el más grande poeta de la lengua española desde el Siglo de Oro. Gastón Baquero supo de ambas cosas, de la miel y el acíbar, en grado tan extremo que muy bien pudiera decirse que vivió dos vidas, o bien una sola partida en dos mitades contrapuestas por el rayo terrible de la revolución cubana. Nació en 1918, en Banes, una pequeña ciudad del extremo oriental de Cuba, y vivió acunado por el calor y la sensualidad de la isla durante 41 años, en los que llegó a obtener el bienestar y el éxito. Desde 1959, y durante otros 38 años, vivió en la soledad del exilio en Madrid.

Baquero nació con todas las de perder. Era negro, homosexual, pobre y poeta en una Cuba, como cualquier país racista, machista y clasista, donde la poesía era oficio de locos. Sólo una inteligencia y un carácter absolutamente excepcionales como los suyos le permitieron imponerse a aquel medio y alcanzar éxito y reconocimiento en su condición de periodista. En efecto,

llegó a ser una personalidad clave, jefe de redacción y de hecho director en la sombra nada menos que del Diario de la Marina, un periódico extraordinariamente conservador e influyente, decano de la prensa cubana durante la época colonial y la Primera República (1902-1959).

Pero también, y sobre todo, Baquero era poeta. Y resultaba de algún modo inevitable que en sus primeros años habaneros topase con la imantación todavía casi secreta de la obra y la persona de José Lezama Lima. Desde entonces, su nombre está indisolublemente asociado a la generación de Orígenes, uno de los coros de solistas más extraordinarios de cuantos han escrito nunca en nuestra lengua, integrado por el propio Lezama, Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz, entre otros. Sin embargo, y pese a que siempre fue parte de ese grupo excepcional, lo cierto es que Baquero publicó un solo poema en Orígenes, justamente en el número 1; casi nada si tenemos en cuenta que la revista nos dio 34 entregas a lo largo de 10 años de heroísmo.

Durante su vida en Cuba, Baquero publicó apenas dos cuadernos de poesía, *Poemas* y *Saúl sobre su espada*, ambos en 1942. Después, y durante unos interminables 18 años, calló como poeta. Es un hecho asombroso, sobre todo si tenemos en cuenta la radical calidad de su obra inicial. Adelanto una hipótesis que quizá podría contribuir a explicarlo. Baquero, al igual que los origenistas, concebía el cultivo de la poesía como un acto de entrega total, como una religión que no podía compartirse con otro menester tan acuciante como el de su responsabilidad en el Diario de la Marina. Optó por lo segundo, y nos dejó en herencia una colección de artículos periodísticos a la que los cubanos tendremos que volver la mirada, agradecidos, cuando vuelva a haber prensa en nuestro país.

En 1959, con el triunfo de la revolución cubana, Baquero marchó al exilio; su vida se fracturó como después empezaría a fracturarse Cuba. Sólo la poesía puede ayudarnos a imaginar cuánto debe haber sufrido, qué solo debe haberse quedado este cubano, negro por más señas, durante los largos años en los que

la revolución concitó el fervor y la adhesión del mundo, y él estaba en contra y vivía lejos de Cuba, pobre, aislado e ignorado en el sotabanco del número 5 de la calle de Antonio Acuña, en Madrid. «Hay golpes en la vida tan fuertes», escribió Vallejo, «golpes como del odio de Dios, / como si ante ellos / la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma». Así de brutal debe haber sido el golpe que entonces recibió Gastón Baquero.

Eso habría bastado para matar a cualquiera. Al poeta Gastón Baquero, sin embargo, lo hizo renacer. En el pórtico de un luminoso ensayo, *La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo*, escrito ya en España, cifró su situación vital con una cita de Martin Heidegger: «Cuando el poeta queda consigo mismo en la suprema soledad de su destino, entonces elabora la verdad como representante verdadero de su pueblo». Ésa fue su hazaña. La llevó a cabo en unos pocos libros escritos y publicados en su exilio español con la soledad como inseparable compañera y maestra. En 1993, a propósito de un fugaz y único contacto sostenido en Madrid con Eliseo Diego -que ha sido narrado con pudorosa ternura por la hija de éste en el número 3 de la revista Encuentro de la Cultura Cubana -, Baquero le escribió a Diego, refiriéndose al grupo de Orígenes: «Yo viví en un mundo y cerca de unas personas que no volveré a ver. No es, compréndanlo, que no quiera volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado (...). Yo no vivo, floto. Dije: 'Ya no vivo en España. / Ahora vivo en una isla. / En una isla / llamada soledad» Soledad, quizás la mejor metáfora de una Cuba rota.

Siempre desde ella, la obra de Baquero va ascendiendo hasta culminar en la cima de su último libro, publicado por Verbum en 1991, reveladora e irónicamente titulado *Poemas invisibles*. En esa obra maestra dialoga con el universo, pero la dedica «A los muchachos y muchachas nacidos con pasión por la poesía en cualquier sitio de la plural geografía de Cuba, la de dentro de la isla y la de fuera de ella». Aquí, Baquero se hermana con su numen poético profundo. Contra lo que se dice y se repite, éste no fue Lezama, sino el sufridor por excelencia, el solísimo,

el que llevó la poesía de nuestra lengua al tuétano, César Vallejo. «Algo de indio reconcentrado, algo de lenta introspección, de amargura, de protesta ante el misterio y el aporreamiento constante que la vida da», escribió Baquero, «presta a Vallejo un carácter de abogado defensor de la pobreza humana, de la fatalidad, de la tremenda y desequilibrada relación entre la pequeñez y condena del hombre y la potencia de lo Supremo». Quiso el destino que ambos espíritus gozaran de una estremecedora contigüidad. En la espléndida evocación titulada *Oye, mira: esos pasos son los de él*, Baquero nos dice: «Ocurre que soy vecino de Vallejo, aquí en Madrid. Vivió en el 4 de la calle Antonio Acuña, el obispo degollado por los borgoñeses, y yo vivo en el 5». El cubano escuchó indudablemente los pasos del peruano y contó esa experiencia de dos maneras: «Va y viene en la noche de los Andes a Madrid, de Madrid a la sierra peruana», dijo en la crónica citada. Luego, convirtió a Vallejo en el protagonista secreto de su poema *El viajero*, que como si fuera el resucitado por la humanidad del poema vallejiano Masa, en el de Baquero «... echó a andar sin más finalidad que sacudirse el tedio de estar vivo (...) y con el gran sombrero tejido a ciegas por indios / de dedos iluminados por rayos puros de luna bajo el río (...) emprendió, así, la última etapa de su peregrinar, / que consistía y consiste todavía, -porque el viajero / ni ha terminado de andar ni conoce el cansancio o el sueño- / en ir y volver a pie, incesantemente, / desde Lisboa hasta Varsovia, y desde Varsovia hasta Lisboa (...) apiadado siempre (...) de la pavorosa soledad de la Tierra en el cosmos».

En otro poema seminal, Con Vallejo en París, mientras llueve, Baquero visita a su amigo, y «... harto de no entender el mundo, de ser el pararrayos del sufrir...», usa una incorrección del habla popular cubana para pedirle desde el fondo del alma que le empreste un «... hombreante poema panadero, padrote, semental poema (...) ... testicular semilla, antihambre poema, / antiodio poema vallejiano...». Vallejo, cómo no, le empresta «un alarido en quechua o en mandinga», y Baquero se echa «... a morir,

digo a dormir, acorazado / por el poema de Abraham, de César digo, quiero decir Vallejo».

Así está ahora Gastón Baquero, muerto, digo, dormido, y sin embargo insomne, caminando incesantemente, desde la punta de Maisi hasta el cabo de San Antonio, y desde el cabo de San Antonio hasta la punta de Maisi, de un extremo al otro de su infeliz isla de Cuba, con el universo a cuestas, vivo en nosotros para siempre.

Gastón Baquero

Manuela Sáenz baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de la existencia

1

El mar ya estaba acostumbrado a adormecerse junto al puerto de Paita con la cantinela armoniosa de aquella voz de mujer hecha seguramente al mando y a la declaración impetuosa de sus pasiones.
Aquella voz entraba en el mar con la autoridad de quien está acostumbrado a dominar los cuerpos y las almas de los hombres, mujeres, caballos, arcabuces, espadas.
Párrafos enteros de Plutarco fascinaban desde aquel violoncelo los entresijos del mar; y los peces de Paita,
familiarizados con páginas de Tácito y cartas de Bolívar, iban y venían por el océano del Sur, como van y vienen llenos de orgullo por su belleza los leopardos de Kenia.
La mujer de voz de contralto decía poemas, repetía proclamas y ardientes textos de amor que le enviara un hombrecito endeble pero resistente a extinguirse,
un hombrecito fosforescente de quien ella había sido la esposa y el marido, la emperatriz y la esclava.
Atónito el mar le escucha decir:
"Porque diciéndole en una ocasión Temístocles a Arístides que la dote mayor de un general era prevenir y antever los designios enemigos", respondíale
Arístides: "Bien es necesario esto, ¡oh Temístocles, pero lo esencial y loable en quien manda es conservar puras las manos!"

Y los ecos del mar
paseaban por el firmamento, desde el sillón de ruedas de la mujer de Paita, palabras de Alejandro o repetían: "El sol, suspenso en mitad del cielo aplaudirá esta pompa. ¡Oh sol, oh padre!" Y a

veces, el mar se quedaba ensimismado, porque Manuela, vistiendo por gran gala su uniforme de coronel de Ayacucho congregaba con suave autoridad a los niños indios y negros y mulatos de Palta,
y acompañada a la quena por un ciego cantaba en voz de plata un grave himno, el que escribiera un viejo amigo suyo, un hombre como ella infortunado, golpeado, despreciado, quien sin embargo
sacaba de su pecho y retumbaba más que Píndaro un discurso, para cantar las Armas y las Letras de los siglos dichosos.

II

Una tarde ya casi anochecida callaron los conjuros sobre el mar. Fue empujada suavemente la puerta, la del solitario vacío de aquella alma de aleteante gaviota. Bellos ojos en llama, carbunclos con el mirar de otro, del Bolívar de fiebre la envolvieron, y el torbellino de la cabeza rubia vistió de oro las entrañas de la anciana, colgando en los salones de su alma recamadas cortinas, tapices con escenas de amor, vergeles de erotismo.
Diciendo un verso de Poliziano en su lengua nativa entró el Desconocido: Mi nombre es Garibaldi, dijo, vengo a besar su mano, vengo a suplicarle que me deje contemplarla desnuda, acariciar lo que Él adoró. Dante nos ha enseñado a desposarnos con lo inalcanzable, con todo lo prohibido.
Voy a desnudarme, señora, para yacer junto a usted. Quiero que su cuerpo pase al mío el calor de aquel Hombre, su furia infantil para hacer el amor,
su sed nunca saciada de poseerla a usted en cuerpo y alma y cubrirla de hijos.

La levanto, la arranco de esa silla de ruedas que es el trono de la viuda misma de Dios, la paseo en mis brazos, la llevo hasta la mar, la balanceo al compás de un rigodón. Sus senos vuelven a ser erectos como espuelas que elevan hasta el cielo el frenesí del deseo.

Voy a poseerla como nunca hombre alguno poseyera a Thais o a Ninon. Sólo le ruego, doña Manuela, doña Manuelita, que piense usted en Bolívar mientras tanto, que imagine hallarse entre sus brazos, sentirlo enloquecido por el fuego que tiene usted encendido para siempre. Aquí estoy desnudo ante usted,
me llamo Giuseppe, Giuseppe Garibaldi, quiero ser para usted únicamente el joven que bailaba como nadie el rigodón en las fiestas de Quito.

El joven
que sólo aherrojado por los brazos de usted alcanzó
a descubrir el sabor y el perfume de la vida.

Cláudio Willer

Poética

1
entonces es eso
cuando encontramos que vivimos extrañas experiencias
la vida como una película pasando
o chispas saltando de un núcleo
no propiamente la experiencia amorosa
no obstante aquello que la precede
y que es aire
concreción cargada de todo:
la ciudad refluyendo hacia su hora nocturna y todos yendo a casa o señalando entonces encuentros improbables y absurdos, barullo de multitud circulando por el centro y por los barrios mientras las tiendas cerradas todavía tienen luz, los locos discurren por las esquinas, la unidad de la lluvia que aún no pasó, hasta el recuerdo mismo de la noche anterior en la alcoba revolviéndonos en caricias y además nuestro encuentro en la tibia oscuridad de un bar —hora confesional, descubriendo las capas sucesivas de lo que tiene que ver— donde la proximidad de los cuerpos confunde todo, palabra y beso, gesto y caricia
Todo grabado en el aire
y no lo hacemos por voluntad propia
sino por atavismo

2
la sensación de estar allí mismo
armonía no necesariamente cósmica
plenitud muy poco mística
pero simple proximidad
de la aberrante experiencia de vivir
algo como el calor
sentido al estar junto de una fragua
(tal vez debiera yo viajar, o mejor, ser llevado al viaje, acarrear
todo junto, dejarse conducir consigo mismo)
al penetrar en el acuario opalino
(eso tiene que ver con estar juntos)
y sentir el mundo en la temperatura del cuerpo
mientras que allá afuera (lejos, muy lejos) todo es otra cosa
entonces
el poema es despreocupación

Poemas para leer en voz alta

2
cuando el calor de la noche de verano
y la lluvia de la noche de verano
se encuentran
y son la misma corriente de vida al escurrir por nuestras arterias
entonces
nos reconocemos por las caricias
un arco iris se puede posar en la cabecera de la cama
una nube puede servir de cobija
un paisaje de sol naciente
en una playa empuntillada de tiendas de acampadores
se refleja en el lago luminoso de su vientre
la montaña con su ladera recubierta de matorrales
donde una vez nos extraviamos entre nacientes de ríos
proyectan su sombra en sus quebradas
planicies removidas por el viento alisio
que atraviesa el continente, el universo
son nuestra imaginación febril

3
la colcha era verde
y la lámpara azulada
acostumbraban oír músicas lentas y suaves
hallaban que el estante repleto de libros tenía un aire solemne
y gustaban de eso
de cualquier cosa
que sugiriese un ambiente sobrenatural
eran rápidos, muy rápidos en sus juegos intelectuales
se servían en tazas desbordantes, burbujeantes
y todo era conversado con una cierta indiferencia
con la naturalidad de hace tanto tiempo
tenernos habituados a estar juntos, a quedar desnudos,
a besarnos en la boca
acostarnos sobre la colcha verde del sofá, a la luz azul de la lámpara
al lado del estante de libros erigiendo un clima de ritual
sugestión de cosa esotérica
seguro se miraban
y quedaban de volverse a encontrar otro día
(las noches pasaban presurosas)

4
nuestros hábitos delicados y perversos
nuestras diversiones medio delincuentes, medio filosóficas
nuestros placeres íntimos y raros
las pláticas irisadas de memoria
gestos poco a poco entrelazándose
en la plenitud de la familiar desnudez
mientras nos íbamos transformando
en los pulsantes personajes crepusculares
de nuestras historias
rodeados por un silencio vivo, un tiempo latente
de la noche recorrida
para no llegar a lugar alguno

durante el día
éramos simples mortales

Rowena Hill

El templo en la represa de Krishnarajasagar

El cielo inmenso azul quemado
con una franja de nubes color polvo
se refleja en el agua inmovil.

Un gavilán ve el montón de piedras negras
en el borde de la represa
y los seres que pululan alrededor;
se abalanza, son mujeres que vadean
hacia las rüinas; niños de rostro oscuro
y dientes blancos chapucean
en el agua turbia.

El gavilán vuela por la orilla,
la espuma que dejan las lavanderas,
la mierda que hiede en la playa
no le dicen nada.

Una ranita se esconde bajo una piedra
con las figuras esculpidas y borrosas
de dios y su consorte.

La música de Carnatic

La música lo sabe todo,
los ritmos y adornos brotan
pariéndose uno al otro
en perfecta secuencia

y son más que ellos mismos
como una máscara de piel viva sobre una cara
que refleja los finos temblores
del cuerpo entero.

Cada frase es un florear
en la punta de venas y arterias,
cada compás un pulso
de profundas raices.

Mozart sacaba el sonido
del conocimiento que eregía catedrales;
la voz de este cantante
ordena las extremidades del templo.

Badami

En el comienzo estaba la piedra
y la piedra erguida concibió
muslos y frentes y lóbulos de orejas
y los ojos que se henchían
bajo un cielo radiante.

Los dioses cayeron a tierra como frutos maduros,
reventaron sus larvas como insectos alados.

Creciendo en semejanza
los hombres medían las piedras,
dábanles forma hermosa y las apilaban
para que los dioses tuvieran casa.

Resplandor

La vista saca pieles
de la superficie de la tierra,
las enrolla, coagula, funde
para hacer cuerpos.

El suelo desnudo se yergue
con miembros flacos, leonados,
el viento los hace bailar,
sus ojos se forjan en el sol.

Naipaul en India

Te están festejando en Nueva Delhi,
pero tú no te portas a la altura
de la ocasión y tu esposa está histérica;
el actor super estrella
encanta a los periodistas en tu lugar.
A ti esto no debe importarte,
o por lo menos así siempre lo has dicho.

Te paras de espalda a la pared
y recuerdas otros viajes:
el regreso del exiliado
aborreciendo lo irracional,
encontrando un área de oscuridad
en cada bosta en la calle;
luego el comentarista más maduro
que ponía el dedo en las llagas
de una civilización
mientras guardaba las distancias con el cuerpo.

En la última vuelta lo abrazaste
a tu manera, contando el millón de amotinamientos
como dientes en una enorme rueda
de cambio moroso,
sopesando las bellezas de la inercia.

La compasión no es tu propósito,
se destila de la observación
llevada a su expresión máxima,
un riesgo, casi, del oficio de escritor.

¿Cuántas personas entre esta flor y nata,
parloteando como cuervos,
leyeron ese largo libro?
Pocas, piensas, y nadie lo entendió.
Se hosco, entonces, y deja que se quejen.

Rodrigo Escobar Holguín

Entre nómadas

Hasta aquí galopamos huyendo; todavía
recuerdo aquella tierra junto al agua.
En mis sueños de veras no he partido...
Cantando cierta noche entre las carpas,
creí sentir sollozos tras la lona.
Después, una mujer estremecida
me señaló.

La luna ya es propicia.
Hemos de separarnos.
Levantamos el campo:
mañana iremos hacia el otro río.

Ensueño de invierno

En el pasillo, pasos en sordina;
tras el vidrio, ramajes nevados al sol frío.

Bajo las mantas, tibio botón de flor, tu cuerpo
aún duerme y ya siente mis caricias.

Aunque vengas de lejos tu piel no es tan ajena,
ni tus gestos, ni el tono en que murmuras
esa miel de sonidos en tu lengua.

Antes del despertar, bajo tus párpados,
la inquietud de tus ojos me perturba;
levanto la mirada y me sorprenden
al espejo los míos, extraños y rasgados.

A un país presentido

Tus rostros, hoy en la penumbra,
seguirán siendo misteriosos;
aún en ti, no estarás conmigo
toda entera, tierra sombría.

Yendo hacia ti descubro el velo
que te distancia, y al tocarlo
no sabré aún sino la fábula
de lo que fuiste y lo que eres.

Algo ya se me habrá escapado:
asombrados y polvorientos,
lejanos como en un comienzo,
temblarán huyendo tus sueños.

A Buda

No alcanzo a liberarme.
Aún en los momentos
del olvido más hondo y más logrado,
las ganas de tener o hacer las cosas
más extrañas regresan:
un amor, un reloj, un viaje a Samarcanda.

En vano trato ya de hacerte caso;
hace siglos renazco.

(De Govinda)

Margarito Cuellar

Mercado

Junto a corderos sacrificados y pollos sin ilusiones, entre CDs
piratas y revistas de mujeres desnudas, ante la euforia del
vendedor de flores y plantas milagrosas, te esfumaste, Señor.
Entre mendigos, enfermos y extraviados a las puertas del templo
te pienso lunes antes que amanezcas. Apresuro la marcha.
Cruzo los hemisferios de la fe y en la otra orilla –sólo aire, Señor–
moscas que ensayan su ballet en la basura. Si equivoqué de calle
indícame el regreso, empezaré de nuevo
piedra sobre piedra a construir la casa. No te ofendas, Señor, sólo
responde ¿es esta la belleza?

Almohada de plumas

Las almohadas de plumas vuelan de un edificio a otro, cansadas de soportar el mismo sueño. Las ramas de los árboles quisieran invitarlas a su fiesta, pero el cielo se nubla y el cantar de las gordas señoras se diluye en el viento.
“Pónganse a dieta, muchachas”, dice un gavilán. Ellas saben que una almohada flacucha es como un carnaval sin máscaras, y vuelven, vuelven a navegar la vieja cama, al afluente que habrá de desbordarlas sueño adentro.

Agustín Lara afina el piano

Los celos son la parte salada del mar
el lado ácido de las lágrimas, el nudo ciego del amor
comida echada a perder en la boda del diablo.
El problema es el ojo
el filtro que dice “oscuro” en vez de “luz”
“celos” en vez de “cielos”
“agujero negro” en vez de “estrellas”.

Naranjas

El jugo de una naranja es dulce, pero su cáscara amarga. Todo mundo lo sabe, aunque nadie es capaz de probar que la cáscara de una naranja es amarga. Hablemos de las semillas: piedra y alumbramiento. Una naranja es una constelación o una herida en el pecho. ¿Qué dicen del color? Una naranja es una travesura del sol, una pequeña trampa, boca líquida para morderse.

Ojos

El mundo lleno de ojos. Relámpagos minúsculos cintilan en la noche o parpadean en la luz. Algunos ven, otros nada más matan. Algunos miran hacia adentro, otros hacia ninguna parte. Vivo en una cárcel de ojos, como la letra de un bolero que resiste el olvido. Estar adentro es ir afuera. El habitante de unos ojos navega pequeñísimas barcas, cultiva jardines en miniatura, construye ciudades invisibles. Cuando me vaya extrañaré la casa, a pesar de ser cárcel tenía algo de calor. No sé si los ojos tienen ojas o ijos; tal vez haga un collar con ellos; quizá prepare una sopa de ojos. Del amor hablaremos mañana.

John Better

Poema con aparador y fuga

A veces una Habitación 514
A veces la muerte bajando por un ascensor junto a coristas,
delegados y camareras.

A veces la muerte detrás de un aparador entorpeciendo
el sueño obsceno del oficinista
A veces la mujer del oficinista se enamora y se viste
de camarera
y estos versos no son mas que levadura fermentándose
a la sombra del nopal.

Suite

Es apenas lo posible
Lo amado
Olvidado a la intemperie
Dejado atrás en el sueño
Apenas lo soberbio
Surco de cenizas que en la oscuridad se abre

Es apenas la espesura en la hondonada
Lo que de no haber sido, seguro ahora falta
Lo secretamente pactado durante el relámpago
Lo dulcemente prometido

Son tan sólo estos años
Este obscuro rebaño abriéndose paso entre la ribera
Esta precipitada e inexacta geometría
Esta luna y este bronce, apenas posibles a veces
Tan sólo a veces.

Jaime Sabines

El viejo poeta agradece la generosidad de los panes en la cesta
y el humilde fervor con que una mano los lleva hasta su boca.
Agradece las nomenclaturas, el café de espera en las oficinas
de correo, la brevedad y el rito de que una sonrisa está hecha,
el ángel custodio de las farmacias, el ángel que vigila
las tiendas de campaña en la cordillera.
Agradece esto y aún más las cartas enviadas desde Perú
y Uruguay.
Ya viejo el poeta
Convencido de su locura y de sus setenta años se dice así mismo:
"Nadie mas que yo entiende esta luna de México, esta
tempestuosa claridad, nadie mas que yo conoce sus propósitos de
fiebre y torpe adoración"

De pertenencias

¡Ah! estas manos que vindican y que ceden a los mas terribles vicios
no alcanzan el amor
no han celebrado en la caridad de ese raro hábito instante alguno.

Y estos ojos
no abarcan distancia mínima
no te precisan cuando estas proxima...

¡Ah! días mas nobles que las manos y los ojos míos
días en los que fui la pasajera cedida al vértigo.

Hay en el aire reciente la certeza de las cosas que han sido.
Consumida, la noche cierra su nucleo.

Jesús Munárriz

Sextina colombiana

Déjenme preguntar: ¿cuál es la vaina
que hace de este país de tanto trago,
de tanto vallenato y tanta rumba,
pese a la maldición de la violencia
y a la verde amenaza de los cerros,
el paraíso de la poesía?

Porque el prestigio de la poesía
en esta tierra no es ninguna vaina
de los que andan trepando por los cerros
y se dedican a amargar el trago,
e institucionalizan la violencia
como si disfrutaran con su rumba.

Aquí, donde los sones de la rumba
callan para escuchar la poesía
y donde ni siquiera la violencia
ha podido acabar con esa vaina,
de vez en cuando, y entre trago y trago,
se escuchan los poemas en los cerros.

Porque la vida se hace aquí entre cerros,
sin que eso prive a nadie de la rumba,
y mientras unos quieren sólo trago,
los hay que también quieren poesía
aunque sospechen que con esa vaina
no van a poner fin a la violencia.
Porque este es el país de la violencia
que anida y se camufla por los cerros
y por eso sorprende más la vaina
de que siga gozándose la rumba,

de que siga gustando la poesía,
gustando tanto, o casi, como el trago.

Y tanta devoción exige un trago
brindando porque acabe la violencia,
porque un país que así ama la poesía
no se merece andarse por los cerros,
con que montemos una buena rumba
y celebremos todos esa vaina.

Trago y rumba festejen la derrota
de esa vaina feroz de la violencia
frente a los cerros de la poesía.

F. K.

De los más de trescientos
libros de poesía
que concursan al Premio Casa de las Américas
este 98
en el que formo parte del jurado,
aproximadamente la mitad
nombran a Kafka, hablan de Kafka, le dedican
sus poemas a Kafka,
citan a Kafka en sus epígrafes.

Escriben sobre todo en verso libre,
los poetas de aquí,
así que yo deduzco
que si este fin de siglo latinoamericano
les resulta kafkiano,
debe de ser por algo más que por la rima.

Escenario y danza

La sensación de fin de mundo
instalada en lo cotidiano:
en el jardín las musarañas,
las telarañas en palacio,
el cocodrilo en las cloacas,
el zopilote en el tejado,
ovejas en el comedor,
ratas en el cuarto de baño,
en la ciudad los cazadores,
en la selva los incendiarios,
un belén en el tanatorio,
un burdel en el camposanto.

Música, música, maestro,
suene la canción del verano,
bailen la danza y el danzón
los de casa y los invitados.
Música, música, bailemos
todos cogidos de las manos,
la unión hace la fuerza y
no nos conviene separarnos.
Música, música, maestro,
métale marcha al vecindario,
que mientras no caiga el telón
somos los dueños del teatro.

De la permanente y del recebo

Con la revolución sucede que
sólo es revolución si es permanente
y eso cansa muchísimo a la gente,
que acaba sin estímulo y sin fe,

pues para que alguien se rebele y dé
con sus huesos en trampa tan potente
y se entregue a la causa plenamente,
al menos necesita, yo qué sé,

cierta seguridad, cierta firmeza
bajo los pies en mundo tan flotante,
saber que ser prosélito es bastante
para que no te vuele la cabeza,

pero nunca es así: los pioneros
caen decapitados los primeros

y los que se escabullen
de la quema, cogen la puerta y huyen

y vuelve el Leviatán a ganar kilos
y a controlar las vidas y sus hilos.

Buen caballo

Vendía tipos de madera,
viejas letras de boj
de cartelera historia roja y negra.

(En Portobello Road
se encuentran los despojos del imperio
y otras mil baratijas
a precios asequibles.)

Podía ser cajista jubilado
liquidando los restos de su vida
o, sin más, un chamarilero cockney.

Me observaba elegir, letra por letra, el nombre.
Cuando las tuve todas,
«Hiperión, buen caballo» apostilló.

Y tenía razón:
aquella tarde
entró el primero en Empson
en la cuarta carrera.

Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951), es poeta, traductor, periodista, narrador y ensayista. Su obra poética ha sido recogida bajo el título de *Belleza impura* en 1995.

Jesús Díaz (La Habana, 1941-2002), fue fundador de la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana, que desde el verano de 1996 editaba en la capital española la revista Encuentro. Su última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*, fue publicada este año por la Editorial Espasa Calpe. Entre sus obras literarias se encuentran *Dime algo sobre Cuba* (1998), *La piel y la máscara* (1996) y *Las palabras perdidas* (1992). Fue profesor de la Academia de Cine de Berlín, de la Escuela de Letras de Madrid y del programa *Sources* para el desarrollo del guión de cine en Europa. Entre su obra cinematográfica se encuentran las películas *Polvo Rojo* y varios documentales realizados en Cuba.

Cláudio Willer (São Paulo,1940), poeta, ensayísta y traductor es autor -entre otros libros- de *Anotações para um Apocalipse*, (1964); *Dias Circulares*, (1976) y *Jardins da Provocação,* (1981). Los textos publicados pertenecen a su libro inédito *Estranhas Experiências* y fueron traducidos por Benjamín Valdivia.

Rowena Hill (Cardiff,1938), creció en Nueva Zelanda y ha vivido en Italia, Venezuela e India. Sus libros de poesía son *Celebraciones* (1981), *Ida y vuelta* (1986), *Legado de sombras* (1999). Ha traducido, bajo el título de *Nombres de lo innombrable,* los poemas metafísicos medievales del Kannada. Los textos que publicamos han sido traducidos del inglés por la propia autora.

Rodrigo Escobar Holguín (Florida, 1945), hizo estudios de arquitectura en la Universidad del Valle y ha vivido en Polonia. Su obra poética fue reunida en 1991 bajo el título *Obrador de versos.*

Margarito Cuellar (Monterrey, 1956), poeta y narrador, sus últimos libros de poemas son *Cuaderno para celebrar* (2000) y *Plegaria de los ciegos caminantes* (2000). Parte de su obra ha sido traducida al portugués, al inglés y al búlgaro.

John Better (Barranquilla, 1978), hizo estudios de Comercio Exterior. Los poemas que publicamos pertenecen a su libro inédito *China White.*

Jesús Munárriz (San Sebastián, 1940), es poeta, traductor y editor. *Peaje para el alba,* con una selección y prólogo de Ángela Vallvey , recoge sus poemas entre 1972-2000. *Artes y oficios*, es su último libro.